

FACUNDO SAVA Y EDUARDO SACHERI: ANIMARSE A PEDIRLA **UNA CHARLA SOBRE LA VIOLENCIA EN EL FÚTBOL**

CAPITULO DEL LIBRO “FUTBOL Y VIOLENCIA” MIRADAS Y PROPUESTAS, COMPILADO POR ROFFE-JOZAMI (2010, LUGAR EDITORIAL).

Cuando Marcelo Roffé nos propuso formar parte de este libro, se nos ocurrió juntarnos y, grabador de por medio, empezar a jugar con las opiniones de los dos, con respecto al tema de la violencia.

Sabíamos que el resto de los artículos que lo componen iban a respetar una estructura, un formato, un sistema, pero sentimos la necesidad de que fuera el propio diálogo, construido entre ambos, el que organizase el contenido de nuestro artículo.

Al final, sentimos que logramos conocernos, aprender de las ideas y de la historia del otro, escucharnos, pensarnos a nosotros mismos. En los últimos encuentros releímos lo que ambos habíamos expresado, y de nuevo el diálogo con el otro enriqueció las correcciones, las aclaraciones, las reformulaciones que nos pareció bueno incorporar.

En algún momento nos preguntamos si esta redacción menos estructurada iba a conseguir respetar un pedido de Marcelo, que era conseguir que del artículo surgiesen propuestas para combatir el fenómeno de la violencia. El sentimiento final que nos deja este trabajo es de haber encontrado un espacio que nos permitió conocernos mejor, crecer, disfrutar. Logramos, escribiendo estas páginas que siguen, poner en práctica muchas de las ideas vertidas por cada uno, a la hora de la charla, como el trabajo en equipo, la comunicación, la cooperación, el ponerse en el lugar del otro, el transformar la realidad. Y justamente sentimos y pensamos que no hay mejores herramientas contra la violencia que esas.

EDUARDO: Cuando pensás en violencia en el fútbol, ¿en qué pensás?

FACUNDO: Siento que el jugador de fútbol se educa en un determinado contexto, que es este país, con la educación en jardín, en la educación primaria que tenemos, con los problemas que tienen los padres, conflictos familiares, falta de dinero, digamos, todo lo que pasa. Todo eso se traslada luego a lo que pasa con el jugador. La marginalidad, la cuestión de los ricos, los pobres, todo eso es violencia. Todo eso, el chico que va empezando en un club lo va incorporando.

EDUARDO: Vos sos un deportista de elite. No estamos hablando de un flaco que está jugando en un club de las últimas categorías del ascenso, o que tuvo que dejar de jugar porque no tuvo su oportunidad, o no tuvo su talento. Vos pertenecés a ese pequeño grupo de jugadores que “llegó”. La pregunta es: en ese nivel, ¿Vos sentís que esa raíz violenta está presente?

FACUNDO: Sí, porque hay cosas que no se trabajan. Desde chicos. Ahora se trabaja más que antes. Yo siempre digo que si hubiese tenido un psicólogo a los diez, a los doce, trece, quince, dieciocho años, me hubiese ahorrado un montón de dolores de cabeza que tuve. Momentos agresivos que tuve, momentos de depresión, momentos de creerme que era el mejor, momentos de tensión, de stress, momentos de...

EDUARDO: O sea que en tu etapa formativa como jugador, si te la rebuscaste, te la tuviste que rebuscar solo, en el sentido de afrontar esas dificultades. Aunque vos venías de un entorno social mucho más favorable, probablemente, que otros de tus compañeros.

FACUNDO: Sin duda, sin duda. Viste que mi vieja es maestra jardinera, mi viejo es artista. Sin embargo de todos modos viví un montón de agresiones. La época de la Dictadura fue muy difícil para mis padres. En mi casa se sentía mucho todo eso. Mi viejo tuvo que salir a vender libros, yo no lo veía casi nunca. En mi infancia lo vi muy poco. Laburaba muchísimo, volvía a cualquier hora. Eso lo sufrí, para mí fue muy violento. Tenía que viajar a distintos países por lo que él hacía, que era teatro participativo y mimo. Yo todo eso lo sufrí un montón.

EDUARDO: O sea, indirectamente te pegó esa realidad

FACUNDO: Directamente, me pegó. También desde el lado de las necesidades económicas. Nosotros llegábamos a fin de mes con lo justo. Y el hecho de que mi viejo no estuviera nunca con nosotros, porque tenía que salir a vender libros, a dar ochocientos millones de clases de mimo, a rebuscársela en donde sea, me afectaba directamente. Con mi mamá lo mismo, ella también trabajaba.

EDUARDO: Y volviendo a lo que hablábamos antes, si hubieras contado con otra contención de los clubes, en tu etapa formativa...

FACUNDO: Quizá si hubiera tenido más tiempo para estar con mis viejos... Ojo que mi viejo también tenía un montón de cosas que nunca trabajó. Mi abuelo, su padre, un tano medio a la antigua, que vino escapando de la miseria de la guerra... eso es exclusión. ¿Vos te pensás que mi abuelo tenía ganas de venirse a la Argentina? Ya de movida hay una cuestión de desarraigo, de pérdida, que es violenta. Es arrancarte tu identidad. Es violencia pura. Y mi mamá otro tanto: hija única, sobreprotegida, tampoco pudo trabajar esto. Y esas cosas se trasladan a los hijos. Entonces, si lo vemos desde la base, viene toda mal parida la cosa. Y eso sirve para repensar por qué uno tiene las actitudes que tiene.

EDUARDO: Claro, vos le entrás al tema de la violencia desde la perspectiva individual, o íntima...

FACUNDO: Prefiero pensarlo primero desde mí porque es fácil hablar de lo que les pasa a "los jugadores de fútbol". Pero bueno, para poder hablar de los demás uno tiene que verse uno. Entonces, yo he sufrido mucho con esas cosas. A mí me costaba mucho expresar lo que sentía. Desde los doce años, hasta los veinticuatro, veinticinco, nunca se me cayó una lágrima. Como que parecía que hasta no tenía sentimientos, alegrías, angustias. Lo que fuese. Después, cuando empecé a hacer terapia a los veinticuatro años, ahí ya con el

tiempo, un trabajo y un esfuerzo profundo, empecé a ver un montón de cosas. Pero hasta los veinticuatro años me comí cada garronazo...

EDUARDO: Es cierto que compartimos una experiencia de país, de sociedad. Hasta de barrio. Sí hay una diferencia entre nosotros en cuanto a las edades. Yo te llevo seis años y parece que no pero, por ejemplo, para la época del Proceso, es diferente. Es una distancia. A vos te agarró de más chiquito... En plena niñez. En mi caso, atravesó buena parte de mi adolescencia. De todos modos, cuando evoco ese tiempo de la Dictadura, lo primero que me vuelve no es la realidad atroz del país y su gente, sino la tragedia familiar que estábamos atravesando con la enfermedad y la muerte de mi viejo. Como hablábamos recién, cosas que quedan ahí y que, si no las laburás como corresponde, generan dolor y violencia...

Pero estaba pensando en este tema de este reconocimiento de “hago terapia, reviso mis cosas, saco a flote determinadas cosas...” Me parece que el “Mundo fútbol” es bastante refractario a eso, ¿o no? Quiero decir, que uno escucha hablar a muchos directores técnicos, a muchos jugadores, hablar del mundo terapéutico con mucho resquemor... ¿Es una pose o hay un prejuicio?

FACUNDO: Hay, hay un prejuicio. Cuando yo jugaba en divisiones juveniles, cuando era chico, no había casi chance de pensar que podía haber un psicólogo. Hoy sé que hay equipos que a los nueve, diez, once, doce años, ya tienen un psicólogo por si algún chico tiene necesidad. No digo todos los clubes, pero algunos sí. Antes eso era irrisorio. Simplemente no existía.

EDUARDO: Y para los tipos de “elite”. ¿Es algo que se blanquea fácilmente esto de ir a terapia, o hay un cierto prejuicio machista de “me callo la boca, no cuento nada”?

FACUNDO: Hay un poco de las dos cosas, en la generalidad. Todavía no es algo recibido positivamente. No es que te lo reciben con un “qué bueno, vas al psicólogo, estás trabajando cosas, tenés ganas de seguir mejorando, aprendiendo, creciendo”. Todavía esa valoración de “te va a hacer bien, qué buena noticia”, está trabada. Falta. Va queriendo, de a poco va cambiando. Pero muchas veces es como que, de entrada, tienden a pensar “Ah, bueno, si va al psicólogo es porque está loco, tiene algún quilombo grosso”. Pero estamos a mitad de camino. Ya se empiezan a escuchar algunas cosas de estas más positivas.

Hago terapia desde los veinticuatro y nunca dejé, excepto cuando viví en Vigo. Cuando fui a Londres, lo hice con alguien recomendado desde acá como para tener continuidad. En Vigo no tomé esa precaución y creo que cometí un error, creo que lo necesitaba. Ya en Murcia retomé la terapia, y nuevamente me hizo bien. Y cuando volví a Argentina ya definitivamente continué. Hablé con mi anterior terapeuta y me recomendó a alguien. Estoy contento, estoy creciendo, estoy aprendiendo, pero bueno: tengo diez años de un laburo al respecto, y siento que por ahora necesito seguir.

EDUARDO: Igual sospecho que una actitud como la tuya, de tanta apertura hacia lo terapéutico, debe ser más bien excepcional, no...

FACUNDO: Bueno, a mí ningún entrenador me dijo que hiciera terapia... salvo Miguel Micó. Una vez me recomendó que fuera, para la época en que empecé a jugar en la Primera

de Ferro. Fui una vez y me vine re bien, recontento, pero después no fui más. Pero yo no sabía que había que seguir yendo. Además me tenía que pagar yo, y no tenía un peso. No sabía ni cómo funcionaba.

EDUARDO: Tiene que ver con esta desorientación, esta falta de contención que hablamos al principio de la charla.

FACUNDO: Sí, no solo del club sino de mis viejos también. De los maestros que tuve en las escuelas donde he estado. Es un poco de todo. Pero es el contexto de ese momento. Hoy es distinto. De hecho, cuando empecé la terapia estaba a punto de dejar de jugar al fútbol. Estaba jugando mal, la gente me puteaba. Y mi viejo me sugirió que fuera a ver a Fernando, que era psicólogo, que me podía ayudar... El psicoanálisis, de alguna manera, cambió mi vida. La cosa se empezó a revertir, y yo a tomar otra postura distinta. Me sentí mucho mejor, podía expresar lo que sentía, podía llorar, podía reír. A partir de ahí fue como que mi vida cambió. Por supuesto que eso no fue de un día para otro y todavía tengo cosas para mejorar. La esencia, igualmente, queda. Entonces siento que tengo que seguir trabajando.

EDUARDO: Ahora, en este momento vos estás, en cuanto a tu profesión, en otro lado totalmente distinto al que estabas a los veinte, veintidós años. Es decir, estás en los años de culminar una carrera, con una posición personal totalmente distinta, tenés una familia, materializaste un montón de proyectos, pero todavía estás en el mundo fútbol. Aunque en el otro extremo de la línea.

FACUNDO: Sí, estoy jugando, pero al mismo tiempo sé que se me está terminando la carrera. Y terminar la carrera es un hecho muy importante. Desde los cuatro o cinco años que empecé a jugar en la cancha, y estaba todo el día ahí. Es una profesión desde hace treinta años. El fútbol es mi vida. Porque aprendí jugando al fútbol, me hice amigos jugando al fútbol, me socialicé jugando al fútbol, conocí lugares jugando al fútbol. Entonces tengo que elaborar esta pérdida. No elaborarla puede ser peligroso, me puede generar violencia. Hay muchos ex jugadores que lo atraviesan muy mal, algunos que se intentan suicidar, otros que entran en pozos depresivos, adicciones. No es joda: salir todos los días en los diarios, jugar con veinte mil o treinta mil personas viéndote, hacer goles, que todos te aclamen... pasar de eso a que nadie se fije en vos, que no existís. Porque realmente es así. Esto hay que elaborarlo. Por eso digo que el jugador de fútbol tiene que trabajarse constantemente. Porque también jugar incluye tensiones y violencias. Que te puteen en la cancha, tener que salir presionado a ganar porque si no te vas al descenso. Que tu familia esté viéndote y pensando en las consecuencias de si las cosas salen mal. Y eso no deja de ser violento.

EDUARDO: ¿Te parece que eso tiene un traslado al campo de juego? Esos conflictos, esas situaciones... ¿tienen una traducción al vínculo que se arma entre vos y los que están jugando con vos?

FACUNDO: Sin duda. Vos estás en un equipo y ves a alguno que está agresivo, que habla mal del entrenador, que habla mal de un compañero, eso es violento. O “estos hinchas de mierda”, o “los dirigentes que no nos pagan”. Que un club no te pague por el trabajo que hacés, es violento. Que un hincha te vaya a apretar es violento. Que yo me pelee con

alguien en la cancha... Todo eso es voltaje que va creciendo. Y toda esa violencia uno la va mamando y va quedando adentro.

Entonces si esto no puede trabajarse con gente especializada, es difícil. Hay que tener mucha contención de amigos, padres, entrenadores. No es fácil no generar en algún momento un foco de violencia. Porque vivimos en una sociedad que alimenta eso. Y que no se trabaja. Porque no se trabaja en la contención, no se trabaja en equipo, no se trabaja en subgrupos. La responsabilidad que nos dan a los jugadores de fútbol es decir “vos tenés que correr estos diez metros. Si no los corrés, vas para afuera.” Eso es violento. Eso es violencia pura. Lo lógico y lo bueno es que el jugador pueda tener responsabilidades, que pueda decir lo que siente, lo que piensa. Que pueda tener un entrenamiento de técnica, de táctica.

EDUARDO: Y en cuanto a los entrenadores...

FACUNDO: Pero yo no quiero hablar de los entrenadores. Porque para el jugador de fútbol es muy fácil agarrársela con los entrenadores. Decir que el entrenador no trabaja. Entonces nosotros no podemos hacer nada.

Una vez recuerdo que estábamos en un club, y el equipo no jugaba bien, la gente nos chiflaba. Entonces hicimos una reunión los jugadores, y yo veía que nosotros no hacíamos nada por cambiar la situación. Si echamos toda la culpa al entrenador, o a los dirigentes porque eligen mal a los entrenadores, a los jugadores, al árbitro. ¿Nosotros qué hacemos? Porque nosotros no hablamos de los errores que cometemos, de cómo tenemos que ir a presionar, de cómo tenemos que hacer las jugadas de ataque, adónde tiene que ir un centro, cómo tenemos que defender... Si los que jugamos somos nosotros. Les puse este ejemplo: Es como que vamos arriba de un micro, con un entrenador o un dirigente que va manejándolo, y nos lleva a un precipio. Y nosotros estamos sentaditos en cada asiento esperando que el micro se desbarranque. No, si yo veo que nos vamos a matar, lo saco al costado al tipo que maneja y llevamos el micro hacia donde sepamos que vamos a estar a salvo. En algunos lugares en los que he estado conseguimos “desviar el micro”. Pero en otros lugares no. El jugador de fútbol es responsable del lugar hacia donde va el micro. Tiene que tener una actitud activa. Tiene que transformar la realidad.

EDUARDO: Y donde sucede, sucede por la iniciativa de algunos compañeros, que haya tres o cuatro tipos con la cabeza abierta como para que...

FACUNDO: Sí, empezando por uno que es el que tiene la idea, y por tres o cuatro que lo apoyen fuertemente. Y cuando los demás ven eso, van todos. Porque además, las veces que nosotros hemos hecho esto, ha dado buenos resultados. Es una responsabilidad nuestra.

EDUARDO: Lo que ocurre, viendo este mundo desde afuera, es que se espera del entrenador una especie de “papá” que diga lo que hay que hacer...

FACUNDO: Sí, del mismo modo que se espera de los maestros, de los políticos, de los dirigentes, del presidente que haga todo. Se dice “yo ya fui a votar, ahora que se encargue él”. No, si vos ves algo que está mal andá al club el día que haya Asamblea y lo proponés. El jugador de fútbol no puede dejar todo en manos del técnico. Porque el técnico es uno solo. Los jugadores somos treinta. Treinta piensan más que uno.

EDUARDO: Ahora, en la práctica cotidiana de los entrenadores, debe ser más una cosa de “Yo me las sé todas, ustedes hagan lo que yo les digo”.

FACUNDO: Es algo que tiene que ver con la educación desde el primer minuto. El padre que sabe, y el hijo que no sabe. El padre le enseña al hijo. Pero cuántas cosas sabe el hijo como para enseñarle al padre, también. Yo de mi hijo aprendo todos los días. Los maestros tienen que aprender de los alumnos, los técnicos de los jugadores. Si no... El mundo del fútbol participa de su contexto. Y no es diferente a ese contexto. Va a pasar lo mismo en él, que lo que sucede afuera. Claro que si le sumás lo propio que tiene el fútbol, el negocio...

EDUARDO: Y ahí al nivel del negocio del fútbol, ¿te parece que hay alguna violencia específica?

FACUNDO: Todo el tiempo. Que a un jugador le quiten el quince por ciento, que le digan que va a cobrar cinco y después se entera de que un representante, o un dirigente, se lleva otros cinco. Que la televisión pague cincuenta mil millones a tal y que los jugadores vean un peso. Todo el tiempo así. ¿Pero qué hago yo? Le dije al Turco Marchi: Yo quiero estar en las reuniones cuando se negocie el contrato con la televisión. Porque los jugadores la vemos pasar. Y eso es violento, también. Hay compañeros a los que hay que prestarles veinte pesos para que puedan llegar al entrenamiento. Porque también está muy desperejo dentro de los planteles. Tiene que ver con el sistema perverso en el que vivimos. Tipos que cobran millones y tipos que cobran diez pesos. Eso es algo que se tiene que rever, se tiene que pensar.

EDUARDO: ¿Esas disparidades, esas desigualdades, son temas que se hablen en el grupo, o el tema económico de cada uno no se toca?

FACUNDO: No, yo no sé lo que cobran los compañeros míos. Como mucho ves un poco algunos detalles exteriores de cómo le va a cada uno, pero no se va más allá. Claro que hay jugadores que llegan a una edad cercana al retiro y que no tienen una situación buena. Y eso también hay que trabajarlo. Estudié gracias a mis viejos. Pero hay muchos entrenadores que no te apoyan. El otro día me contaron de un técnico que le dijo a un chico que ya estaba jugando en Primera: “Decidí: o te dedicás a estudiar o te dedicás a jugar al fútbol”. Y el muchacho dijo que no, que quería seguir haciendo las dos cosas. Y se tuvo que ir del club, no lo puso más.

El jugador de fútbol tiene que estar preparado para cuando deje de jugar, porque además no sabés cuando va a ocurrir. ¿Cuántos jugadores tienen problemas de salud y tienen que dejar prematuramente? Y si no te preparaste, ¿qué hacés? Por eso creo que todos los entrenadores, los padres, los dirigentes, los compañeros, los representantes, debemos estimular al chico a que además de jugar al fútbol, estudie. Es una forma de estar contenido, porque el chico se va a sentir más tranquilo, porque tiene un refugio, un modo de manejar los pocos pesos que pueda ir cobrando, entre otras cosas.

Yo tuve en eso a Griguol. Vivía acá en Ituzaingó, y me tenía que ir hasta Pontevedra. Caminaba hasta la estación de Padua porque no tenía plata para el colectivo. Ahí me tomaba el 500 hasta Pontevedra. Y de ahí me pasaban a buscar, y a la vuelta lo mismo. Comía rápido en casa y me iba al gimnasio en Vicente López. Y de ahí me iba a la Facultad. Y yo dije bueno, necesito un coche, para hacerlo más ágil. Hablé con mi papá, y

le dije que tenía ahorrados unos pesitos y que me iba a comprar un Fiat 147, para moverme más tranquilo.

Y ahí me agarra el viejo Griguol. Y me dice “Sava, vení”. Me llama al vestuario de él (era todo un acontecimiento, no era lo usual). Me pregunta cuánta plata tengo ahorrada. No era mucho, y eso que ya estaba jugando en Primera. Yo tenía un viático y cobraba los premios que iba ganando el plantel. Se lo dije y me contestó “bueno, vos decile a tu papá que venga”. Le pregunté a dónde y me respondió que no importaba, que yo le dijera que viniera. Y me llevó a una constructora, y le dijo al vendedor la plata que yo tenía, y que viera el modo de que pudiera comprar un departamento. Mi viejo y yo no entendíamos nada. Le llegué a decir que había pensado comprarme un coche, pero me dijo que no. Me preguntó si el coche iba a tener inodoro. Claro que le dije que no. “Y dónde vas a cagar, vos?” “Yo cago en la casa de mis viejos”, le dije. “No, no: vos tenés que cagar en tu casa.” Y armó ahí nomás un plan de pagos, con el vendedor, para que en lugar de pagarlo en dos años, como estaba armado eso, yo lo pudiera hacer en tres. Me consiguió un descuento, facilidades. Y me compré el primer departamento, en el 94, a los 21 años. Y en el 96, cuando pasé a Boca, recién ahí me pude comprar el primer coche. Porque estuve los tres años jugando en la Primera de Ferro viajando en tren y colectivo. La gente me reconocía en la calle y a mí me daba vergüenza. Tres años yendo a la Facultad a la noche, volviendo a las doce de la noche en tren y colectivo. Pero a los 23 años tenía mi departamentito. Si yo dejaba el fútbol en ese momento, tenía dónde vivir. Chiquito, no era gran cosa, pero tenía un departamentito. Cuando me casé, a los 24, me fui a vivir ahí. No tuve que pagar alquiler, ni nada. Pero me rompía el alma en cada entrenamiento, tenía la cuota acá, machacada en la cabeza. Buscaba las moneditas de diez centavos en el piso. Tres años tardé en pagarlo sudando la gota gorda. Ahí fue cuando pasé a Boca y las cosas se me acomodaron, y pude saldar la deuda en ese momento. Pero ahí se nota la importancia de gente que te ayuda, que te contiene, que te da tranquilidad para seguir jugando. Eso te da tranquilidad para seguir jugando después.

EDUARDO: En relación a la violencia de afuera, la cosa de los hinchas (no me refiero al tema institucional, dirigencial, esa corrupción que te debe comer la cabeza). Pienso ahora en la de las tribunas: ¿se contagia esa violencia que uno escucha en los cantos, que ve en las actitudes?

FACUNDO: Todo se contagia. Es un contagio general. Pero el hincha va a la cancha con unos balurdos en la cabeza, mayúsculos. Y en masa se potencia todo eso. Atravesado por una pasión... No se puede pretender que el hincha mire el partido sentado así, mirando con tranquilidad...

EDUARDO: A mí me da la sensación, por el hecho de mirar fútbol, de mirar, simplemente, que hay mucho más roce físico que en el pasado ¿Viste los cortes en la cabeza, por ejemplo? Como que son mucho más frecuentes...

FACUNDO: Sí, es cierto. Le decía a mi mujer, yo nunca tuve que usar vendas, ni tobilleras, y hoy ya tengo las canilleras con las tobilleras en el coche, porque termino los partidos con los tobillos lastimados. Pero cuidado, que antes era más desleal que ahora. Hoy es mucho más atlético, el deporte, más profesional. Los jugadores se cuidan mucho, son más rápidos,

llegan más rápido a la pelota, corren y saltan mucho más, hay más jugadores dentro de un determinado lugar de la cancha. Y eso te lleva a que se produzcan más roces también.

EDUARDO: Pero sin embargo lo ves más leal que en otro momento...

FACUNDO: Sí, el jugador ahora está más cuidado. Cuando empecé a jugar, pegábamos cada patada... Y con los réferis no pasaba nada. Uno dirigía de una manera, otro de otra. Era cualquier cosa.

EDUARDO: O sea que dentro de un panorama no demasiado optimista, es un elemento positivo...

FACUNDO: Sí, pero no es el único. Hay muchos elementos positivos. Lo que hablábamos antes de la contención psicológica. Aunque todavía falte, que haya psicólogos trabajando en los clubes es un elemento positivo. Y en general... hoy el fútbol se analiza mucho más. Los periodistas, más allá de que están con eso de que hay que ganar a toda costa, o si ganás te ponen allá arriba y si perdés te hunden allá abajo, hoy analizan mucho más el fútbol en sí. Lo que pasa en los grupos. Los jugadores tienen más protagonismo. Al jugador ahora se le pregunta por los entrenadores, por los compañeros. Los jugadores pueden pensar un poco más sobre táctica. Yo no me acuerdo, antes, que los jugadores hayamos hecho una reunión pensando en cómo solucionar las cosas, en agarrar un pizarrón y ver las cosas en un diagrama. Hoy eso puede pasar. No es fácil, hay resistencias, pero está como queriendo salir.

EDUARDO: Y lo que decís de los arbitrajes, los ves más uniformes que antes... Porque fijate que a nivel medios masivos se habla muy mal de los árbitros...

FACUNDO: Sí, pero yo los veo mucho más preparados que antes. Años atrás, antes de empezar un partido, lo primero que preguntabas era quién te dirigía. Hoy no preguntás quién te dirige. Hay como una base más o menos aceptable. Antes, si te dirigían ciertos árbitros, valía todo. Todo. Cuando te dirigían otros tenías que andar en puntitas de pie. Hoy están más capacitados.

EDUARDO: Eso parece un punto positivo de esta explosión mediática, de cámaras de televisión en todos lados... Hace quince años los partidos se filmaban con una sola cámara, que quedaba en la loma del peludo...

FACUNDO: Antes se veían "Todos los goles", nada más.

EDUARDO: Otro rasgo positivo, entonces podría ser esto de que todo esté más expuesto...

FACUNDO: Se analiza mucho más, y eso exige ser mucho más profesional. Antes se peleaba un jugador con otro y nadie se enteraba. ¿Sabés las piñas que se pegaban antes y nadie se enteraba? Hoy sabés que si te golpeás con alguno en el área, sabés que te van a estar filmando. Y eso te lleva a tratar de ser mejor. Tengo que laburar como para no terminar a los golpes adentro de un área. Por qué me pongo agresivo cuando estoy adentro del área y me peleo con uno... El otro me dijo esto... me hizo esto...

EDUARDO: Yo le veo también algo negativo a esto de la presencia de los medios. Aunque entiendo este argumento que proponés y me parece muy acertado: esto de “a más exposición, más profesionalismo”. Pero esto de enfocar a los protagonistas todo el tiempo, como buscando agarrarlos en un insulto, o en una cara de impotencia....

FACUNDO: Esa es la parte mala del periodismo. O que busca la sangre, o que busca la cuota de chimento. Porque necesita vender, porque es un negocio. Eso es lo cínico de esto. Esta es la parte negativa y que de hecho está. Y hay que estar preparado, también para eso. Para las cosas que vienen del periodismo y que son buenas y para las cosas que no son buenas.

EDUARDO: Igual la presencia de los medios es una realidad y va a seguir siéndolo. Uno no puede pensar que eso vaya a disminuir de aquí en más. Mejor dicho, se incrementará. Pero los medios te están contando el partido de cierta manera. Están eligiendo, están poniendo el ojo en determinado lugar...

FACUNDO: El otro día me puse a ver el noticiero del Trece para ver la Marcha por el 33° aniversario del Golpe Militar de 1976. Y lo único que mostraron fue un tumulto entre participantes al acto y un grupo de skeanheads. No mostraron en ningún momento la plaza llena, la Avenida de Mayo explotando, en ningún momento. Me quedé hasta el final para verlo y en ningún momento lo pasaron.

Los medios saben a qué jugador tienen que enfocar, en qué momento, a qué técnico, a qué hincha. Lo tienen estudiado desde antes del partido. Cuando estaba en cierto momento de Racing, uno de los únicos jugadores que enfocaban era yo. Yo ya sabía que era así. En Inglaterra a los chicos los preparan para entender este fenómeno. Les explican todo. “Van a buscar esto, esto y esto...” Acá no estamos preparados para nada.

EDUARDO: La prensa inglesa es más o menos parecida, en sus actitudes...

FACUNDO: Hasta peor, te diría. Se mete en cosas personales todo el tiempo. Los diarios sensacionalistas son terribles. Pero en el club te advierten: “si vos te vas de joda te van a sacar fotos”. Te la tenés que bancar. Si vos salís, lo tenés que aceptar. Mirá que si hacés un gol vas a salir en todos los diarios. Y si te errás dos goles te van a hundir, te van a poner que sos un desastre. Nosotros te informamos cómo es.” En el Fulham había tres personas encargadas de la parte de prensa, que me dieron toda esta información cuando llegué. Estando en Londres compraba la revista del Arsenal, donde describían los talleres que hacían con los pibes acerca de cómo manejarse con la prensa, qué busca cada diario, qué busca cada programa de televisión.

EDUARDO: Como que por distintos lados llegamos a esto de evitarte la desprotección. Darte respaldos...

FACUNDO: Darte contención, evitarte las sorpresas, la soledad, la agresión, el individualismo. Porque desde el momento que te educan en serio respecto de estas cosas, ya no estas solo. Ya es un trabajo de equipo. Ya desde el momento en que alguien está con vos en eso, ya es un trabajo de equipo. Y creo que hay que apuntar a eso. A trabajar mucho más

en equipo, los entrenadores, los jugadores, sentarse, hablar de fútbol, proponer tácticas, proponer entrenamientos. Estamos mejor, pero todavía hay un espacio a llenar.

EDUARDO: Pero desde una cosa más horizontal, no esta cosa de “viene papá entrenador, o papá dirigente, y me indica”. Una cosa de mayor protagonismo...

FACUNDO: Exacto. Y para eso hay que prepararse. Hay que trabajar con gente especialista en grupos, en la psicología, en talleres, en creatividad...

EDUARDO: En cuanto a los entrenadores, vos ves una cuestión generacional en esto de las actitudes más o menos abiertas al cambio?

FACUNDO: En parte depende de cada persona. Aunque es cierto que hay un componente generacional. Tiene que ver con la vida que hemos tenido. Con la educación que hemos tenido. Con las épocas que nos han tocado. Nosotros, más allá de la época de la Dictadura, creo que hemos tenido una cierta libertad, como que venimos más abiertos a escuchar, a aprender de los hijos, de los alumnos, de los más chicos. Yo, a mis compañeros más chicos, les pregunto todo el tiempo. A los pibes de 19 años les vivo preguntando “qué opinás”. Porque los chicos ven cosas que uno no ve. Por supuesto que no todos, porque algunos vienen educados con cierta dosis de arbitrariedad. Pero se pueden encontrar chicos así. Claro que te encontrás con adultos que piensan que los chicos tienen que estar para escuchar, nomás. En una reunión trato de que puedan participar todos, de que la comunicación sea fluida.

EDUARDO: Y en los clubes existe esta instancia de reunirse los jugadores, de conversar...

FACUNDO: No son muchos los entrenadores preparados para bancarse este nivel de participación, que el jugador pueda expresar lo que siente, lo que piensa. Sin embargo, se da cada vez más.

EDUARDO: ¿Y ves diferencia, al respecto, entre la Argentina y Europa?

FACUNDO: No, no creas. En España, por ejemplo, no te olvides que tuvieron treinta y pico de años de Franco. Recuerdo una reunión que tuve una vez con mis compañeros, en la que algunos de ellos me dijeron “Nosotros acá hacemos lo que dice el entrenador y se acabó. No importa si está bien o mal”. Del mismo modo que te ocurre acá, tenés ámbitos en los que se quiere generar un cambio, y otros en los que no.

¿Y vos cómo ves ese tema de la violencia? Digo, pensándolo desde tu mundo de escritor. La violencia en los libros, digamos...

EDUARDO: Creo que mis cuentos de fútbol, en general, no tienen mucho que ver con la violencia. No suelo introducir el tema de la violencia, por lo menos no directamente.

FACUNDO: ¿Pero vos sentís que en tus cuentos, en ocasiones, se traslade una violencia personal que hayas sentido? Algo al estilo de “estaba con bronca y lo puse acá”. Y tiempo después, al releerlo, lo advertís...

EDUARDO: El laburo del escritor en ese sentido tiene la ventaja de que es mucho más pausado. Uno no está con las pulsaciones a mil, en una cancha llena. O puede estar con las pulsaciones a mil cuando escribe, pero de ahí al momento de publicar tiene muchas oportunidades de, con la cabeza fría, moderar cosas que ha imaginado o dicho.

Tendría que pensarlo. Ojo que yo también tuve mi espacio de terapia durante un largo tiempo. Arranqué un poco más grande que vos, e hice durante unos cuatro años. Mirá: acá encuentro un parecido entre nuestras historias. Empecé terapia cuando mis libros empezaron a volverme una persona relativamente conocida. Mis cuentos comenzaron a difundirse en 1996, 1997. Y de entrada eso me generó una enorme sorpresa. El primer libro salió en el año 2000. Y en el 2002, 2003, con tres libros publicados, creo que me empezaron las dudas. ¿Cómo seguía esto? ¿Seguía o no seguía? Iba a seguir siendo un escritor o no. Lo complicado de un trabajo creativo es esto de que no tenés mucha rutina de la cual aferrarte. Te puede asaltar el miedo de “y si no se me ocurre nunca más nada, ni una idea, qué hago”.

FACUNDO: Ahora que dijiste esto sobre la creatividad, pensaba en mi hija. El otro día yo le decía que cuando estás viendo la televisión, lo que recibís está todo cocinado. Y en cambio cuando ella está, por ejemplo, peleando con su hermano, tiene que pensar cómo hacer para que el hermano no le pegue, o cómo jugar para enfrentarlo... y eso es crear. O cuando está jugando con los gatos, está creando. Cosa que con la televisión no te ocurre. Además creo que la educación nuestra ha sido muy vertical, y no es sencillo crear.

EDUARDO: Y en mi caso peor que en el tuyo, en cuanto a esto del modelo educativo en el que nos formamos. Vos pensá que cuando terminó la Dictadura yo estaba ya en tercer año del secundario. No toda la secundaria, ni la facultad. Pero me agarró en una edad muy formativa. Vivir todos los cambios, todas las iniciaciones propias de esa edad, en una atmósfera tan temerosa, tan represiva, y tan avergonzante en un montón de sentidos. Creo que hizo bien rever muchas de esas cosas en terapia. La llevé adelante entre el 2003 y el 2007. Hasta entonces era una materia pendiente. Y creo que me fue muy útil para afrontar esos años en los que me transformé de un profesor que escribía, a un escritor que enseña. Ahora estoy un poco del otro lado, dedicándole muchas más horas a la escritura que a la docencia. Obviamente con un nivel de exposición muy inferior al que tenés vos, sobre todo desde lo visual. Los escritores no tenemos una cámara encima como sí tenés vos, vayas donde vayas.

FACUNDO: Y vos veías que con tus libros te estabas como trabando, en algún momento...

EDUARDO: Yo llegaba a esto de la escritura por un camino muy casual, muy improvisado. Es decir, me había formado para ser licenciado en Historia, para meterme en un archivo a investigar, o ir a dar clases. Quiero decir: vos estabas en la sexta de Ferro y pensabas que tu profesión, si todo iba bien, sería la de jugador profesional. Yo tenía 25 años cuando empecé a escribir para mis amigos y mi mujer, pensando en “tengo ganas de escribir esto”. Escribir tiene una cosa muy terapéutica, aunque naturalmente no sea una terapia. Pero sí tiene un componente muy de sacar para afuera, muy catártico. En mis primeros cuentos encuentro mucho de esto de sacar para afuera: la muerte de mi viejo, sueños contrariados, proyectos que nunca llegaron a materializarse...

FACUNDO: Y todo relacionado con el fútbol...

EDUARDO: Y el fútbol me permitió un ámbito... del mismo modo que ir a jugar al fútbol me permite canalizar la agresividad, las ganas de correr, las ganas de gritar, el desacarionarme, el fútbol también me sirvió para sacar historias. Historias que también podrían haber salido por otro lado. Pero el fútbol, el universo del fútbol, con toda la riqueza que tiene, te permite meter ahí un montón de cosas. Usarlo como telón de fondo, como escenario, de vivencias de otro tipo. Ahora, me doy cuenta de que mi manera de escribir sobre fútbol, tiene una cosa festiva, celebratoria. Si releo mis cuentos de fútbol tienen como un bagaje ético, ciertos códigos de solidaridad, de compañerismo, de lealtad, por ejemplo. El cuento mío más conocido, que es "Esperándolo a Tito", en el fondo es un cuento de lealtad.

FACUNDO: Es cierto, pero también hay otras cosas... el hecho de que el pibe se haya tenido que ir, la angustia de los amigos porque no viene...

EDUARDO: Es verdad. Sin duda todos mis cuentos atraviesan una angustia. Pero esa angustia se resuelve, en general, positivamente, y "con un tiro para el lado de la justicia". Y eso me pasa sobre todo con los cuentos de fútbol. Cuando escribo otro tipo de cuentos a veces sí "terminan mal", pero mis cuentos de fútbol suelen "terminar bien". Es como que tengo el fútbol muy vinculado con cosas positivas.

FACUNDO: Recuerdo cuando me contaste que llevás a tu hijo a ver todos los equipos. Siendo hinchas de Independiente, digo... Yo tengo un compañero que le compra al hijo todas las camisetas de todos los equipos. Eso me parece buenísimo. ¿Por qué lo hacés? ¿Cómo surgió eso?

EDUARDO: Creo que nació desde la voluntad de querer para él algo distinto, sacarlo del "fútbol envasado", el fútbol por televisión. Te doy un ejemplo. El otro día fuimos a ver Huracán-Lanús, justamente. Vos no sabés cómo estaba la gente de Huracán. Fue un hermoso partido. Y miraba alrededor, y era impresionante ver a los hinchas, felices por cómo jugaba su equipo. Y eso te lo da el ir a ver a un club distinto del tuyo. Esa distancia te permite ver que son iguales a vos. Y eso es totalmente así, más allá de que todos los hinchas construyen una mitología de la propia hinchada, esa idealización de que somos diferentes por lo que sea. Los de Independiente con lo del paladar negro... O los de Racing con el aguante a toda costa... O los de River con su proclamada abundancia de talento... Y así con todos los equipos. Vos te das cuenta de que les cambiás las camisetas a esos y son idénticos a los otros.

Eso de verte en el otro me parece que es una muy buena vacuna contra la violencia. Ver que el otro es mucho más parecido a vos de lo que creés, y de lo que querés creer. Y esta distancia de ver en otros la felicidad, la esperanza, la alegría de ver jugar bien a un equipo, como los quemeros el otro día. En un momento, ganando uno a cero, empezaron a tocar la pelota, y los hinchas se pusieron a aplaudir de pie. Un aplauso continuo, sostenido. Esos miles de hinchas que yo tenía alrededor, cautivados por ese toque bello que estaban presenciando, se estaban, ni más ni menos, redimiendo. Por un rato, se estaban redimiendo de tres descensos, de todos los clásicos perdidos contra San Lorenzo, de todas las angustias

del pasado. Estaban disfrutando hasta la médula de esa cosa reparadora que a veces sabe tener el fútbol: que así como tiene una cosa muy violenta también tiene esos instantes mágicos.

FACUNDO: Es verdad que iban ganando, pero también podrían haber ido empatando o perdiendo, y ver un fútbol así, creo que el resultado daba lo mismo.

EDUARDO: Es cierto. Seguro que les gustaba ir ganando. Pero aplaudían el buen juego. Ese tipo de cosas, si no estás en la cancha, no las ves. Por eso para mí es tan importante llevar a mi hijo a que las aprenda.

FACUNDO: Sí, pero mi conjetura de que vos lleves a tu hijo a ver todos los equipos, me parece increíble, buenísimo, una idea que a mí no se me hubiese ocurrido. Lo que yo pensaba: ser fanático es violento en algún punto, también. Pensaba que lo hacías desde el momento de pensar, o transmitirle “bueno, somos de Independiente, pero vamos a ver de todo, no te ciegues con una cosa, el fútbol no es eso solo”.

EDUARDO: Seguro. Seguro que hay mucho de eso. Del mismo modo que cuando vamos a la cancha de Independiente, hay cantos que cantamos, y cantos que no cantamos. A mí me interesa que él distinga. Yo no le digo “este no lo cantés”. Pero él me ve que hay cantitos que me prendo a cantar y cantos que no me prendo. Esto de poder diferenciarte, porque los cantos tienen una ideología. Y si vos analizás los cantos de los últimos años, en realidad, marcan también un crecimiento de la violencia.

Me acuerdo uno, puntualmente, porque se canta la misma música desde hace treinta años, pero ha cambiado totalmente la letra. Sale de un jingle de telas Acrocel, creo. Hace treinta años se cantaba “Y ya lo ve, y ya lo ve, es para Fulano (el rival clásico, digamos) que lo mira por te vé”. Es de una ingenuidad, de una candidez, impensable para estos tiempos. Hoy, la misma musiquita, se usa con “Es para vos, es para vos, Fulano puto la puta que te parió”. Es atar mi alegría a atacarte a vos.

FACUNDO: Es muy triste.

EDUARDO: Muy triste. Por eso digo que, del alambrado para afuera, que es el fútbol que a mí me toca vivir, veo muchos más elementos entristecedores que esperanzadores. En esta reducción. Decías que el fanatismo es violento. Y toda reducción es violenta. Toda simplificación en la que vos le podás partes a la realidad, es violenta. Y esto de ser incapaz de ver sin anteojeras, es muy violento.

FACUNDO: Sí, pero yo te digo que cada vez escucho más padres que dejan a sus hijos en libertad para elegir los equipos de los que quieren ser hinchas. Mi hijo es hincha de River, por un amiguito del jardín. Cuando jugué con River le traje la camiseta. Te vuelvo a llevar a la cuestión de la escritura ¿La escritura en general, como la ves con respecto a esto?

EDUARDO: Creo que en estos últimos años ha habido como una explosión de libros sobre fútbol, de cuentos de fútbol, de escritores que escriben sobre fútbol, y creo que debe tener que ver ... con que, a mi criterio al menos, ha cambiado la relación de la sociedad con el

fútbol, en los últimos años. Yo lo relaciono mucho con esta irrupción de la tele a todas horas, en todos lados. Esta farandulización tan fuerte del fútbol, me parece que cambió mucho las reglas del juego. Cambió el dinero que está involucrado, cambió la agenda de los medios. Vos fijate lo que son las tapas de los diarios del lunes. El titular principal siempre es de Boca o de River. Antes seguro que se cubrían los partidos, pero no con la entidad, con el lugar privilegiado, supremo, que tiene ahora. Y me parece que el fútbol, cuanto más se convierte en espectáculo y menos en juego –siempre pensando desde los que no lo protagonizamos–, más se acerca a la violencia.

FACUNDO: Bueno, pero vos hasta cierto punto protagonizás, el fútbol, con lo que escribís.

EDUARDO: Yo creo que, a medida que el fútbol real se ha ido alejando de algunas cosas que nos gustaban a los futboleros, la literatura futbolera ha venido a suplir esas carencias. Hay un fútbol que, por distintos motivos, va dejando de existir. No lo digo solamente en cuanto al fútbol profesional. Porque el amateur también es mucho más difícil de realizar ahora que hace veinte años cuando éramos pibes. La canchita de acá a la esquina ya no está. Pero tampoco está la realidad social, el tejido social que hacía vivir a esa canchita. Si mi nene me dice que se va a jugar a diez cuadras de acá, a lo mejor lo dejo o a lo mejor no. Vivimos una sociedad muy de puertas cerradas.

Y esa socialización que teníamos nosotros, nuestros pibes no la pueden hacer. Somos la última generación que lo pudo disfrutar, y no lo podemos legar a nuestros hijos. Pero se lo podemos contar. Y ahí de algún modo lo contamos a través de los libros.

Creo que en estos últimos años ha surgido un grupo de escritores y un grupo de lectores alrededor de este universo. Celebrando ese mundo que se va extinguiendo. Es un arma de doble filo, porque la nostalgia es un tema muy delicado. Muy mortuorio, muy paralizante. Es decir: tampoco me agrada que nos juntemos en un rincón y nos pongamos a llorar añorando el pasado.

FACUNDO: Eso te quita energía como para enfocar el presente

EDUARDO: Exacto. Entonces, yo prefiero pensar que la buena literatura futbolera es un lugar de resistencia, no de nostalgia, que parece lo mismo pero no es. En todo caso nuestros pibes, tal vez, puedan encontrar otros ritos, otros ámbitos donde sea posible recrear su propia mitología del juego. No lo harán en la canchita de la esquina, pero tal vez lo hagan en la canchita de fútbol cinco, o en la escuelita.

FACUNDO: Y ahora que no están los potreros, las escuelitas son vitales.

EDUARDO: Sí. Porque si nos quedamos en “Huy, las escuelitas no son lo ideal, lo bueno eran los potreros de mi época”, nos instalamos en una postura de queja, al divino botón. Este es el mundo de nuestros pibes. Nuestro mundo pasaba por la calle, el de ellos no. Me parece que la literatura futbolera viene a llenar ese espacio, esa necesidad. Cuidado que a veces viene a llenarlo bien, con tipos que escriben bien, y a veces mal, porque en ocasiones lees cosas que están escritas para el demonio.

FACUNDO: Y eso es comparable con pegar una patada en un partido. Quiero decir, seguro que hay tipos que escriben agresivamente, del mismo modo que hay jugadores que juegan agresivamente.

EDUARDO: Es verdad. Hay cuentos de fútbol escritos desde una perspectiva muy violenta, muy descalificante. Hacen acordar a la estética de programas televisivos que parten de la premisa de: “te pongo un micrófono para que hables barbaridades de tu rival”. No sé, a mí me deja la cabeza así, no me gusta nada.

FACUNDO: Está bien, pero eso es una realidad. Quiero decir, los hinchas piensan así. Les pongan un micrófono o no, piensan de ese modo. Los programas lo único que hacen es mostrarlo. De algún modo está bueno mostrar lo que pasa.

EDUARDO: Pero volvemos a esta cuestión de “lo nuestro y después qué?”

FACUNDO: Ahí está: no podemos quedar solo en “lo nuestro”. Tenemos que ver qué hacemos con esto. ¿Está bien esto que nuestro? Podemos pensar en qué hacer con las cosas que pasan y no nos gustan. Pero no podemos ignorar que pasan. Te doy un ejemplo: yo, jugando, pego una patada, o pego una piña. ¿Qué hago con eso? Porque si me quedo en el “bueno, ya está” no aprendo nada. Tengo que pensar, entender por qué pasó. Del mismo modo que no sirve quedarse sólo en la crítica, o en el lamento, o en la nostalgia.

EDUARDO: Creo que un punto importante que tocamos, pero medio de costado, y que me gustaría focalizar antes de terminar, es el de la identidad. A mí me parece que en los últimos años de la Argentina, del Proceso para acá, hemos perdido numerosas señales de identidad, lugares de pertenencia. Hace un rato hablábamos de los refugios, de los ámbitos de contención. Hace cuarenta, o treinta años, vos tenías un montón de identidades que te resguardaban. Una identidad barrial, por ejemplo. Tu barrio tenía una identidad porque se construía de las puertas de las casas hacia afuera. Conocías a tus vecinos, sabías de sus vidas, había como una red de la que vos formabas parte. Hoy en día ni te enterás de los nombres de tus vecinos. La identidad del club del barrio. La identidad política, esas viejas identidades de peronistas, radicales, socialistas, que eran un refugio, un sustento. La identidad religiosa, que era mucho más fuerte. La identidad del laburo. Tu viejo que laburaba en una profesión, un oficio, una fábrica, y uno sabía que toda la vida iba a laburar en eso, que rarísimamente iba a cambiar de laburo. La identidad familiar, con lo bueno y lo malo que tenían pero esas familias de antes, con los roles más establecidos y vínculos persistentes.

FACUNDO: Lo mismo en el fútbol ¿Cuántos jugadores hay que puedan ser identificados con un club? El otro día escribía un artículo para España, y mencionaba los equipos que mejor juegan, los que yo más disfruto ver, y son los que mantienen una identidad. Manchester, Barcelona, Boca. Uno mantiene un técnico durante veintidós años, y hay jugadores que llevan 18 años en el club. Con una idea de juego clara. Otra, la idea de juego de Cruyff, que la viene manteniendo a lo largo de los años. Con jugadores de divisiones juveniles que llegan al primer equipo y que vienen mamando esa ideología desde chicos. Y otro es Boca, que mantiene jugadores desde hace 10 o 12 años en el club, más allá de si

juegan o no juegan. Y es lo que identifica al club, esos jugadores. La importancia de la identidad. No es lo mismo que esos clubes que cambian de técnico y de jugadores todos los años, ahí no hay identidad.

EDUARDO: No hay manera de construirla. Vos fijate por qué a los de Independiente les nombras a Bochini y se les caen las lágrimas. Porque nació en tu club, hizo toda su carrera, terminó ahí. Es un prócer. Y ahora eso es imposible. Vos fijate tu caso: con Gimnasia, vos tenés eso.

FACUNDO: Sí. Yo me siento identificado con Gimnasia, como la gente se siente identificada conmigo. Mirá el Pampa. El Pampa hace ocho partidos que no hace un gol y la gente lo aplaude igual. Porque es un tipo que nació en el club, vivió en el club, y la gente lo ama. Está identificado con el club, y la gente identificada con él.

EDUARDO: Y en un contexto de tantas pérdidas de identidad, me parece que el fútbol se mantiene como una señal de identidad. Pensando en los hinchas, en este amor por una camiseta. Pero es una identidad a la que se la carga de un montón de sentidos a los que no puede responder. Si antes tenías una identidad política, de barrio, de oficio, de familia, de país, de club, y las has perdido, te queda solo ésta. Pero no lo podés cargar con el contenido de todas las otras. Tu vida no puede pasar sólo por ahí, pero hay un montón de gente a la que sí le pasa.

Y si tu equipo pierde, o si se va al descenso, es toda tu vida la que queda en entredicho. Porque tu vida es nada más que eso. Y toda ella se pone en juego cada vez que el equipo compite. Y el nivel de angustia, y de frustración, es mucho mayor. No termina el domingo a la noche en un “la pucha, perdimos. Y bué, me voy a mi casa, ya pasó...” Todo se vuelve mucho más grave, más definitivo, más solemne e ingrato.

FACUNDO: Y eso hace que el fanatismo sea mayor.

EDUARDO: Lo potencia. Carentes de otras redes, la única red termina siendo ese amor desbocado. Siempre me acuerdo de una pintada cerca de la cancha de Morón, que decía “Gallo: mi único héroe en este lío”. Toma una frase de una canción de los Redondos. Para el pibe que hizo esa pintada, las cosas eran así. Lo único que no lo había traicionado, que no se había caído y que no se había muerto, era Deportivo Morón. Es hermoso, es bello, pero al mismo tiempo es enormemente trágico.

Evidentemente tenemos mucho por hacer para reconstruir identidades. Sin ir más lejos: jugar de nuevo al fútbol. Está muy bueno ser espectador de fútbol. Pero es mucho más lindo jugarlo. A mí me encanta ir a la cancha, pero si tengo que renunciar a algo prefiero renunciar a ver fútbol, jamás renunciar a jugarlo con mis amigos.

Creo que ser un espectador perpetuo también genera violencia. Como siempre que estás atado a un rol del que no podés salir. Lo bueno está en poder cambiar de sitio.

FACUNDO: Que los roles vayan cambiando, que todos pasemos por los distintos roles. Eso es sano. Cuando te estereotipas en un rol, sonaste. No podés ver otra cosa. Por eso todos tienen que tener participación, y jugar en distintas posiciones.

EDUARDO: Y llevándolo al tipo que va a la cancha, está bueno que uno nunca deje de jugar. No solo asistir a la fiesta de los otros. Tener un espacio con los matungos de tus amigos. Defender un espacio donde hacerlo. Si no, la ñata contra el vidrio, siempre condenados a ver lo que otros hacen, es un final violento. Triste y violento.